

VIAJE AL INTERIOR DE UN OBRERO

(X Y FIN)

RESUMEN DE LO PUBLICADO: El teniente Concordio ha sido designado para llegar al cerebro del obrero e instalar allí una base operacional bajo control norteamericano. Tras penoso viaje, cuando está ya a punto de conseguir el objetivo, nuestro protagonista es secuestrado por Igor —peeligroso comanante rojo de tendencias ligeramente sodomíticas— el cual pone rumbo al cerebro. Al principio, Igor y Concordio luchan por el control del viaje, pero una corriente de mutua simpatía nace entre ambos...

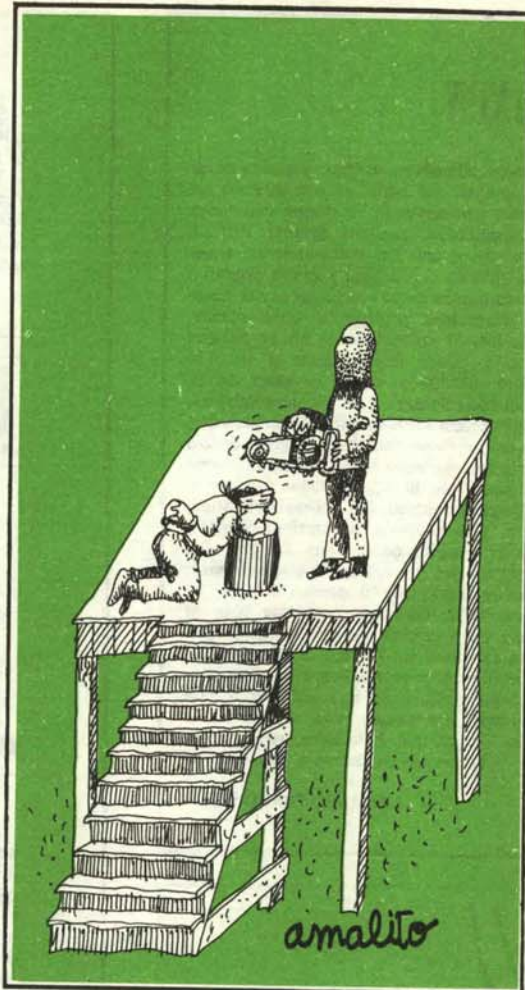
ESTABAMOS llegando al cerebro. La masa encefálica brillaba en el horizonte. Pequeños trombos surcaban las arterias y la suponave avanzaba segura hacia el final del viaje. Igor estaba radiante. «¡Mi pequeño gringo! —dijo—. Nos quedaremos a vivir en los sesos y mandaremos postales a nuestros queridos gobiernos...». La voz del general Jackson sonó como un cañazo: «¡Mátalo!». Tomé el micro con parsimonia, lo levanté hacia Igor como si se tratase de una montera taurina y dije: «Va por ti». Luego hice una pedorreta al viejo memo de Jackson. El general balbuceó un sinfín de amenazas. Igor cerró la comunicación y se puso una mantilla bordada por él mismo en la que podía leerse: «Alabí, alabá, alabín, bon, ban. Concordio, Concordio, Concordio y nadie más». Hicimos hermosos planes para el futuro. En el cerebro del obrero, lejos de los prejuicios de nuestro mundo habitual, podríamos comenzar una nueva vida juntos. A tal fin, mi amigo había sacado de su bolso rojo unas alianzas de plata —las de sus padres— y las había encajado en nuestros dedos «corazones». Nadie podría romper aquella unión sellada con el sufrimiento del viaje. «Sembraremos la base del cráneo de gladiolos y crisantemos. ¿Te gustan los crisantemos?». Ya estábamos en el cerebro. Un orgullo desmedido nos invadió. «Eramos los primeros humanos que poníamos pie en aquel paisaje! Igor —siempre tan rojillo— exclamó: «¡Controlaremos el proletariado! ¡Dominaremos el mundo!». Yo pensé que, si en lugar de aquel viaje a través del obrero, hubiese vivido la aventura hacia el cerebro de un rico, otro gallo me hubiera cantado... claro que, aquel gallo llamado Igor sonaba a música celestial en mis oídos. Nos abrazamos emocionados. Habíamos llegado al encefalocountry. Habíamos dominado al hombre. Tomamos los himnos de nuestros respectivos países y conectamos el magnetofón. La música nos hizo llorar... Y de pronto, una extraña canzoneta vino a mezclarse con los himnos, mientras un alucinante olor a queso de Cabrales ocupó el supositorio. La canción llegaba del exterior. Decía —poco más o menos—: «Asturias, patria querida, Asturias de mis amores...». Igor y yo nos miramos espantados. ¡No estábamos solos en el cerebro del obrero! ¡Alguien nos había ganado la partida! Miramos por las ventanillas de la suponave y vimos aterrados cómo un hombre de sano aspecto, sin mascarilla de oxígeno, sin suponave, sin traje de amianto, ni conexión umbilical-electromagnética escanciaba sidra sin parar en un ejercicio de malabarismo que para sí quisieran los circos Americano y de Moscú.

Igor sonrió triste y se llevó a los labios una cápsula de cianuro. Luego, se despidió con el pañuelo en el que bordase nuestras iniciales y se murió. No pude soportarlo...

Así que, aquí estoy, envuelto en la sangre que escapa de mis muñecas cercenadas, mientras un español disfrazado de Hernán Cortés canta extrañas canciones en el exterior seguro de su misión evangelizadora...

FIN

CONCORDIO



DE LA VIDA PRIVADA DE MI MAYORDOMO (II)

OLIVER se hacía servir el desayuno en la cama por la más hermosa de nuestras doncellas. Naturalmente, este sibirismo me parecía excesivo para su condición de mayordomo; pero, conociendo su carácter irascible y su tremenda susceptibilidad, hacía la vista gorda y le dejaba hacer.

Un día, llevado de las bajas pasiones, di con mi persona en el catre de una camarera llamada Sandra. Apenas si había tenido tiempo de saborear sus labios, cuando escuché ruidos de pasos en el corredor. La criada gritó con espanto: «¡Oliver!». Y tiró de las sábanas con tanta violencia, que, al ocultarse, dejó todas mis vergüenzas al aire. «¡Escondos, milord! —suplicó aterrada—. ¡Si os descubre conmigo, es capaz de matarme!». Estuve a punto de levantarme y salir al encuentro del villano. Pero no lo hice. Cogí mis ropas precipitadamente, me lancé en plongeón bajo la cama y traté de no respirar. ¡Bien sabe el cielo que jamás tuve miedo de la cólera de Oliver! Sin embargo, en aquellas circunstancias, con la pobre camarera de por medio, se hacía necesario afrontar la humillación terrible de tan mezquino escondite. Vi los pies del mayordomo acercándose a la cama. Le oí decir: «Pasaremos la noche juntos. He dado orden de que me sirvan el desayuno aquí». Sandra respondió en un susurro: «No. Hoy no, amor... me... me encuentro mal...». El sonido seco de dos bofetadas restalló en el aire. Estaba claro —pensé—. Oliver había pegado a la peca-dora. Estuve a punto de salir y devolverle los golpes. Pero un señor no debe presentarse jamás desnudo ante el servicio y, mucho menos, emergiendo de debajo de la cama con el calzoncillo bajo el brazo. Así que, continué con la espalda martirizada por los muelles del jergón. La kermesse duró gran parte de la noche. Oliver se quedó a dormir allí, imposibilitando mi escapada. Un frío alucinante terminó por insensibilizar todos mis miembros. Pensé en mi pobre esposa. Posiblemente habría llamado a comisarías, hospitales y casas de inocenio en mi busca... ¡Oh, qué bochorno! De todas formas, lo importante era que el criado no se llegase a enterar de mi humillante situación...

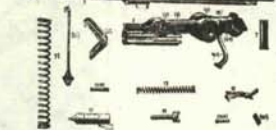
Por la mañana, Evelyn trajo el desayuno. Entonces, Oliver tomó una tostada y, con insoportable recochino, dejó caer el brazo y preguntó:

—¿Está bien de mantequilla, Milord?

SIR PETER OTOLA

¡NO TIRE USTED SU ASPIRADORA VIEJA!

No, no la tire. Desmóntela con cuidado y utilice sus piezas para construirse un artefacto de defensa personal. No es difícil conseguirlo si sigue usted las siguientes instrucciones:



a. Aspiradora vieja desmontada.



b. Nueva organización de las piezas.



c. Aspiradora montada de nuevo y lista para su uso.

